

# Peter-Hans Kolvenbach, XXIX General de la Compañía de Jesús

Urbano Valero

*Escribir, para su publicación, algo como una semblanza de una persona viva, que ha ocupado por largo tiempo un cargo de la máxima responsabilidad en la propia institución, con la que se ha convivido y colaborado de cerca todo ese tiempo y que se ha ganado el mayor respeto, estima, afecto y agradecimiento de quien escribe, no resulta nada fácil.*

*Menos aún, si se ha visto que esa persona ha tratado siempre de huir de los reflectores y de los primeros planos.*

*Se podrían decir tantas cosas que, de hecho, no se pueden decir; y no porque haya nada que ocultar, sino porque uno siente que el pudor, el respeto y la misma lealtad con tal persona, conociéndola, piden una especial sobriedad y una fina reserva.*

En esa situación me encuentro, al escribir este artículo. Por eso, cuanto sigue está redactado, en su contenido y en el tono, con las limitaciones que de ella derivan para mí y para el lector.

## General de la Compañía por sorpresa

El 14 de enero de 2008, la Congregación General 35 de la Compañía de Jesús, máxima representación de la misma, aceptaba la renuncia del P. Peter-Hans Kolvenbach al cargo de Prepósito General, que había estado al frente de ella durante casi veinticinco años, poniendo fin así al quinto generalato más largo de la historia de aquélla. El P. Kolvenbach había sido elegido para el cargo de General el 13 de septiembre de 1983, al final de

un crítico período de poco más de dos años, en los que la Compañía había estado gobernada, en régimen excepcional, por el P. Paolo Dezza, nombrado para ello por el papa Juan Pablo II, como delegado personal suyo, al margen del derecho propio de aquélla, con el fin de asegurar una adecuada preparación a la Congregación General que habría de elegir el sucesor del P. Pedro Arrupe, in-

---

*una prolongada estancia en el Líbano, sumergido por entero en los graves problemas del país y de toda la región, le había impedido tener un conocimiento suficiente del resto de la Compañía*

---

capacitado definitivamente para el desempeño de su cargo de Prepósito General por enfermedad grave, y, en el fondo, también para rectificar el rumbo de la Orden, del que no estaba satisfecho.

El P. Kolvenbach, nacido en los Países Bajos el 30 de noviembre de 1928, entró allí mismo en la Compañía de Jesús, el 7 de septiembre de 1948, y allí pasó los diez primeros años de su vida como jesuita. En 1958 fue destinado al Líbano, donde, con exclusión de

algunos períodos de ausencia por razón de sus estudios de especialización en lingüística, pasó ya todo el tiempo, hasta que en 1981 fue llamado a Roma para ser Rector del Pontificio Instituto Oriental, confiado a la Compañía de Jesús. En el Líbano estudió la teología y se ordenó sacerdote en la iglesia armenia católica, el 29 de junio de 1961. Allí mismo, en la Universidad Saint Joseph, de Beirut, enseñó lingüística general, armenio y filosofía; y, de 1974 a 1981, desempeñó el cargo de viceprovincial de la viceprovincia independiente del Próximo Oriente, con comunidades y obras apostólicas en Siria, Líbano y Egipto, en tiempos políticamente muy turbulentos. En esos ambientes se insertó muy a fondo, entablando y manteniendo, como complemento natural de su actividad docente y de gobierno jesuítico, abundantes relaciones en los campos religioso e interreligioso, cultural y aun político. Ya desde entonces era miembro de la comisión mixta para el diálogo católico-ortodoxo.

Pero, como él mismo dijo poco después de su elección como General, la prolongada estancia en el Líbano, sumergido por entero en los graves problemas del país y de toda la región, le había impedido tener un conocimiento suficiente del resto de la Compañía. «Tendré que descubrir la Compañía», escribió en su mensaje de saludo a todos los jesuitas, al día siguiente de su elección. El mismo hecho había impedido igualmente a la

inmensa mayoría de los jesuitas de todo el mundo, incluidos los miembros de la Congregación General 33, conocerle suficientemente a él, y ciertamente no tanto como para llegar a elegirlo, sin más, como su General. Sin embargo, el conocimiento que de él tenían algunos participantes en la Congregación, principalmente del área francesa (con la que la viceprovincia del Próximo Oriente había mantenido desde antiguo estrechas e intensas relaciones) y de su provincia de origen, así como de algunos que lo trataron en su breve estancia en Roma, y las referencias que de él había en la Curia General, puesto todo ello en común en las informaciones mutuas de los electores en los días previos a la elección, hicieron que éstos fijaran en él su atención y llegaran a decantarse por él en muy poco tiempo. Bastó una sola votación para elegirlo como General por mayoría absoluta de votos, para sorpresa en primer lugar de él mismo, como frecuentemente ha repetido, y de los muchísimos jesuitas que oían su nombre por primera vez y no podían estar al tanto de los motivos que habían llevado a su elección.

### Motivos para una elección

¿Cuáles fueron estos motivos? En primer lugar, sin duda, la convicción de los electores, basada en las informaciones difundidas y discernidas entre ellos, de que en él se realizaba en un grado apreciable el perfil del Preposi-

to General diseñado por San Ignacio en las Constituciones de la Compañía (nn. 723-735): hombre, ante todo, muy unido con Dios, virtuoso y ejemplar y reconocido ampliamente como tal; dotado de gran amor a los prójimos, especialmente a la Compañía; humilde y a la vez magnánimo y fuerte; exigente y, al mismo tiempo, compasivo; dotado de gran talento y preparación cultural y más aún de discreción y dotes de consejo y dirección; humilde y caritativo; de muy buena relación en el trato personal; equilibrado en sus juicios e impulsos; firme en sus decisiones; de salud fuerte y amplia capacidad de trabajo; incluso, de buena apariencia física; y, en todo caso, que «no falte bondad mucha y amor a la Compañía y buen juicio acompañado de buenas letras».

Pero todo esto supuesto y rigurosamente valorado, el momento tan especial que estaba viviendo la Compañía, sin precedentes en su historia, requería también un hombre igualmente especial: sereno y templado; capaz de asumir dificultades y aun oposiciones fuertes, sin amilanarse; un hombre sabio, para captar las nuevas situaciones y rumbos del mundo, de la Iglesia y de la Compañía, inmersa en uno y otra; capaz de desenvolverse entre diferencias y conflictos y hábil para aproximar y conciliar posiciones distantes y aun encontradas; hombre con autoridad personal reconocida para poder recrear y mantener la unión de los ánimos dentro

de la Compañía y también, de modo muy especial, para granjearse y, en aquel momento, recuperar «la benevolencia de la Sede Apostólica» (Constituciones 824) y reconstruir las buenas relaciones con ella, que en los años anteriores habían sufrido un claro deterioro.

Se deseaba además muy mayoritariamente en la Compañía que el nuevo General, aun corrigiendo y rectificando en ella cuanto fuera necesario, fuera capaz de mantener y mantuviera de hecho la orientación global de la misma, adoptada en las Congregaciones Generales 31 y 32 para diseñar y llevar a la práctica el proyecto de su renovación postconciliar; y que, sin negarse a sí mismo y la gracia especial que pudiera aportar con sus talentos naturales y sobrenaturales, acogiera el impulso espiritual y apostólico con que el Señor la había enriquecido en nuestros días por mediación del P. Pedro Arrupe, su predecesor (como escribió el mismo P. Kolvenbach en el mensaje citado).

Todo esto, sazonado con un toque de sobrio y sano humor muy personal, valorado y discernido intensa y rigurosamente por los electores en los días previos a la elección, fue lo que éstos descubrieron en el P. Kolvenbach y que los llevó en poco tiempo a la decisión mayoritaria de elegirlo como General de la Compañía, a pesar de no ser un hombre muy conocido en ella y no contar con una larga experiencia de

gobierno. La elección, con el añadido de su sorprendente rapidez, produjo una gran alegría en todos y un perceptible renacimiento de la esperanza; y, por eso, se vivió en el momento y en los días sucesivos con auténtica consolación colectiva. Era ciertamente una apuesta, pero una apuesta calibrada humilde y muy responsablemente en la oración personal y colectiva de los electores, apoyada por la de toda la Compañía y de otras muchas personas amigas y deseosas del bien de ésta, y asumida con la paz y la convicción profunda que produce un discernimiento espiritual bien realizado y confirmado por el Espíritu de Dios.

Según prescribe desde tiempos antiguos el reglamento de la Congregación General, inmediatamente después de la elección se dio conocimiento de ella al papa Juan Pablo II, que, por lo dicho, tenía un especial interés en ella. Hasta el Santuario de Mariazell (Austria), donde éste se encontraba en visita apostólica, llegó vía teléfono la comunicación, cifrada, según se había convenido, por referencia a los números de la lista oficial de los electores. Se supo enseguida que el Papa recibió la noticia con agrado. Meses más tarde, yo mismo pude saber, por confidencia de persona muy próxima al Pontífice en aquel momento, que un valedor cualificado de Kolvenbach ante éste había sido el Cardenal Prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe, Joseph Ratzinger, que lo conocía principalmente

por sus contactos y actuaciones en el ámbito de la comisión mixta para el diálogo católico–ortodoxo, en la que los dos habían trabajado juntos desde años antes.

Poco después de la elección, en el aula misma de la congregación, el nuevo elegido recibía el abrazo emocionado de su predecesor, Pedro Arrupe, en medio de los aplausos, no menos conmovidos, de los electores. Una fotografía única, que ha dado la vuelta al mundo, dejaba constancia gráfica de este momento histórico, en el que por primera vez un Prepósito General de la Compañía daba en vida, aunque en condiciones de salud muy precarias, el relevo a su sucesor.

El mismo Kolvenbach comunicaba así, en el mensaje a todos los jesuitas antes citado los sentimientos que tenía en el momento de su elección: «... me siento muy unido a todos vosotros: vivimos la misma vocación, la misma misión apostólica basada en los Ejercicios y en las Constituciones de San Ignacio, iluminada por los discernimientos del Espíritu en las Congregaciones Generales, y enriquecida en nuestros días por el impulso espiritual y apostólico que el Señor nos ha dado por mediación del P. Pedro Arrupe. Asumo este servicio con gran fe en la Compañía. El Señor quiere servirse de ella para anunciar a los hombres de nuestro tiempo, con preferencia pastoral por quienes sufren las injusticias de este mundo, en su lengua y en su

condición de vida, la Buena Nueva del Reino, sirviendo a la Iglesia del Señor y al Vicario de Cristo, el Papa, Juan Pablo II».

Y en unas palabras improvisadas en caliente, inmediatamente después de su elección, se dirigía a los electores, suscitando en ellos un cierto sobresalto, al aludir, inicialmente, con fino humor y un pretendido suspense, al rechazo de su elección que en un primer momento hizo San Ignacio, para añadir enseguida que el mismo Igna-

---

*en cuanto a la «parte con Dios»,  
mantendremos oculto el «secreto  
del Rey», pero proclamaremos  
y publicaremos, con sencillez  
y verdad, que se traslucían en él  
su proverbial serenidad y  
equilibrio imperturbables ante  
los acontecimientos de la vida*

---

cio había prohibido a sus sucesores hacerlo. Por lo cual, conformándose con la voluntad del Fundador, expresaba su disposición inequívoca de emplear en adelante todas sus energías, sin pensar en más, en el cumplimiento del encargo que se le daba, pidiendo solamente a los electores que, ya que en los días precedentes habían conocido y analizado pormenoriza-

damente sus insuficiencias, le proporcionarán en los días sucesivos los colaboradores más valiosos, que pudieran suplirlas.

### **Veinticinco años, día tras día, muchas horas al día**

Desde un punto de vista puramente temporal y cronométrico, en este marco habría que encuadrar el generalato del P. Kolvenbach: veinticinco

---

*en cuanto a la «parte con sus  
colaboradores» era bien visible y  
no queda bajo ningún secreto;  
con un estilo muy personal,  
supo implicar intensamente y  
corresponsabilizar en su acción  
personal de gobierno a sus  
colaboradores; para ello, creó  
algunos procedimientos nuevos  
y aprovechó otros ya existentes*

---

años de dedicación intensa y exclusiva, sin interrupción ni pausa alguna, y con jornadas de muchas horas cada día, a las tareas de su cargo de gobernar la Compañía universal. San Ignacio da al General de la Compañía una sabia pauta sobre el empleo de su tiempo, conforme a la cual éste podría dispensar, «según su salud y

fuerzas, parte con Dios, parte con sus colaboradores tratando con unos y otros, parte consigo mismo en pensar por sí y resolver y determinar lo que se ha de hacer, con la ayuda y favor de Dios nuestro Señor». ¿Se imaginaría él lo que esto podría significar cuatro siglos y medio más tarde, para una Compañía mucho más numerosa (aun cuando ya significativamente rebajada de anteriores cotas numéricas más altas), mucho más compleja y diversificada que la suya, establecida en 128 países, con 90 provincias y regiones independientes, cada una con su superior mayor, agrupadas sucesivamente en 12, 11 y 10 Asistencias, en un mundo también mucho más complejo, cambiante e imprevisible que el suyo? Sea de ello lo que sea, veamos cómo empleó Kolvenbach su tiempo en sus veinticinco años de General en esas áreas genéricamente aludidas por San Ignacio.

En cuanto a la «parte con Dios», me voy a acoger simplemente al sabio consejo del justo Tobías, cuando dice: «Bueno es mantener oculto el secreto del Rey y también es bueno proclamar y publicar las obras gloriosas de Dios» (Tb, 12, 7). Mantendremos, pues, oculto el «secreto del Rey» de Kolvenbach, pero proclamaremos y publicaremos, con sencillez y verdad, «las obras gloriosas de Dios», que se traslucían en él. Porque de ese secreto provenía su proverbial serenidad y equilibrio imperturbables ante los acontecimientos de la vida, tan diversos y a veces dramá-

ticos, que hubo de afrontar; provenía la bondad, apertura y calidez de su acogida a todos y siempre; la sensibilidad y clarividencia para percibir las necesidades del mundo, de la Iglesia y de la Compañía, a las que ésta debería hacer frente, y para dejarse impactar por ellas y responder con decisión; la energía para mantener su perseverante entrega cotidiana, 365 días al año, a dar satisfacción generosamente y sin recortes a sus responsabilidades; la luz para sus decisiones prudentes y calibradas; el calor de la pasión por Dios y por la humanidad, especialmente por los últimos y los excluidos, con que trataba de encender discreta, pero tenazmente y por todos los modos posibles, a sus hermanos, y muy especialmente la extraordinaria densidad espiritual de todos sus muchos mensajes a la Compañía.

La «parte con sus colaboradores» era bien visible y no queda bajo ningún secreto «real». Con un estilo muy personal, no fácil de imitar, supo implicar intensamente y corresponsabilizar en su acción personal de gobierno, característica de la Compañía, a sus colaboradores, tanto los más cercanos (Consejeros Generales, Asistentes y otros Auxiliares del gobierno central), como a otros físicamente distantes, pero muy comprometidos en ella (Provinciales y Superiores Regionales, directamente o a través de los Presidentes de las Conferencias regionales de Superiores mayores). Para ello, creó algunos procedimientos nuevos y apro-

vechó, perfeccionándolos y desarrollándolos, otros ya existentes, que daban por resultado una acción conjunta de gobierno, que, por una parte, tenía mucho de común para toda la Compañía y, por otra, respetaba y promovía las diferencias y particularidades de sus diversas regiones. Así, desde la práctica inexorable del encuentro matinal de cada día con los Consejeros Generales, pasando por las periódicas reuniones formales del Consejo, los regulares despachos personales con ellos cada semana y algunos períodos de trabajo común más intenso algunas veces al año, hasta las reuniones anuales de los Presidentes de las Conferencias de Superiores mayores, su participación personal en las reuniones de estas Conferencias en sus respectivos lugares, los encuentros personales con todos los Provinciales y Superiores regionales, al menos, cada dos años, y la participación indefectible en los encuentros de éstos, al comienzo del desempeño de su cargo, para familiarizarse con él.

Merecen particular mención en este contexto, por el fuerte influjo que han tenido en el gobierno y en la vida de la Compañía, las reuniones de todos los Provinciales y Superiores Regionales, previstas cada seis años para tratar de asuntos de interés común para la vida y el trabajo apostólico de toda ella. Igualmente la merece su presencia y participación en las frecuentes reuniones internacionales de representantes de diversos sectores de

apostolado, celebradas frecuentemente en la Curia. En todo ello derrochó un tesón y una constancia inagotables, sin echarse nunca para atrás. Creó así

---

*en cuanto a la parte «consigo mismo», o sea, el trabajo personal; aquí entrarían las horas dedicadas cada día, con una asiduidad admirable y a despachar el correo, respondiendo a informes y peticiones, decidiendo nombramientos y resolviendo numerosos asuntos; labor oculta y silenciosa, pero sumamente eficaz en el estilo de gobierno de la Compañía*

---

unos lazos muy estrechos entre él y sus colaboradores cercanos y lejanos y de éstos entre sí, que, lejos de ahogar y constreñirlos, les daban una gran confianza, al sentirse en unión con su General y respaldados por él.

En este apartado se pueden encuadrar también sus numerosísimos encuentros personales o en grupo de todo tipo con jesuitas y personas relacionadas de algún modo con la Compañía. Raro era el día en que Kolvenbach, con acusado sentido de la hospitalidad, no tuviera comprometi-

do el almuerzo con alguno o algunos invitados en la Curia a compartir el menú normal de la comunidad.

Otra parte «consigo mismo», o sea, el trabajo personal como General. Aquí entrarían las horas dedicadas cada día, con una asiduidad admirable y «sin dejar nada para mañana», a despachar el correo, instrumento esencial en la Compañía para acompañar y guiar el gobierno de las Provincias, respondiendo a informes y peticiones de los Provinciales, decidiendo nombramientos de Superiores y otros cargos importantes y resolviendo numerosos asuntos, de todo tipo imaginable, que llegan a diario a la mesa del General. Labor oculta y silenciosa, pero sumamente eficaz en el estilo de gobierno de la Compañía para asegurar su buen ser y su buen funcionamiento. Prueba de que Kolvenbach no se contentaba con firmar lo que le pusieran delante, sin más, era que, con su prodigiosa memoria, se acordaba con detalle, incluso después de varios años, de asuntos, personas y lugares que habían pasado por su mesa, a través de la correspondencia.

Otro aspecto de esta tarea personal era la riquísima información sobre la situación del mundo y de la Iglesia, que él permanentemente buscaba y asimilaba. A través del seguimiento diario de periódicos y revistas, sin necesidad de que se le pasara cada día un «dossier de prensa», y de la radio (nunca la televisión), se mantenía

perfectamente informado, hasta el punto de que era persuasión general entre los que lo rodeaban que era el que mejor informado estaba sobre la actualidad.

Merece mención destacada otra faceta oculta, de enorme relevancia en este campo, que le ocupó una parte notable de su tiempo, a saber, el estudio (era, con grandísima diferencia, el primer usuario de las bibliotecas de la Curia) y la redacción personal de punta a cabo, a mano y con bolígrafo «Bic», de la inmensa mayoría de sus numerosos mensajes, formales e informales, a la Compañía (cartas, discursos, conferencias y sus inolvidables homilías), que llevan siempre el sello de la originalidad y profundidad del pensamiento y la carga de una fuerte motivación espiritual y apostólica; escritos que convencían, caldeaban el espíritu y arrastraban a la acción. Llegó a tener un conocimiento literal y en profundidad de las fuentes de la espiritualidad de la Compañía, y en general de las fuentes ignacianas, como pocos —si alguno— en el momento presente, y tuvo la gracia, debida quizá en parte a su formación lingüística, de saber comunicarlo siempre de forma luminosa y sumamente sugerente. Su legado en este punto, tanto por el número increíble de sus aportaciones y de los temas tratados como por su extraordinaria calidad, es inestimable y constituye una riquísima reserva de la que la Compañía podría alimentar-

se todavía por largo tiempo, como le decía la Congregación General 35 en su carta de agradecimiento: «Lo que ha escrito alimentará la calidad de nuestra vida religiosa por muchos años».

Un aspecto de la actividad del General de la Compañía, que San Ignacio

---

*viajó mucho y regularmente  
por toda la geografía jesuítica,  
lo que le dio la oportunidad de  
cobrar un gran conocimiento  
de la realidad viva de la  
Compañía, de iluminar y  
animar en vivo la vida y  
trabajos de los jesuitas  
dispersos por el mundo y de  
crear en todos un vivo sentido  
de pertenencia común a un  
mismo cuerpo apostólico,  
único y universal*

---

no contempló, pero que, recomendado por la Congregación General 31 (1965-66) e iniciado y muy practicado por el P. Arrupe, ha entrado en la agenda ordinaria de aquél, son los viajes a los diversos lugares donde se encuentran y trabajan los jesuitas, no precisamente con carácter de «visita canónica», sino más bien de encuen-

tro fraterno, que beneficia a todo el cuerpo y mantiene al mismo General más atento y abierto a las situaciones reales de la Orden. Esta recomendación añade indudablemente una notable carga de trabajo y de fatiga al General, especialmente a medida que va avanzando la edad, no sólo por los desplazamientos físicos, sino por la necesidad de preparar un buen número de discursos y homilías y por la multitud de encuentros con diversos grupos y personas que en tales ocasiones se producen. Kolvenbach viajó mucho y regularmente por toda la geografía jesuítica, en una combinación equilibrada de presencia en la Curia de Roma y ausencia de ella, lo que le dio la oportunidad de cobrar un gran conocimiento de la realidad viva de la Compañía (sus posibilidades, sus dificultades y problemas y las necesidades que reclamaban su respuesta), de iluminar y animar en vivo la vida y trabajos de los jesuitas dispersos por el mundo y de crear en todos un vivo sentido de pertenencia común a un mismo cuerpo apostólico, único y universal. Los frutos de estos viajes fueron, sin duda, muy abundantes y provechosos.

Tampoco mencionó Ignacio otro aspecto del trabajo del General, que él mismo cultivó con especial cuidado e intensidad: el de las relaciones de éste hacia fuera de la Compañía. En esta área se empleó también el P. Kolvenbach, con gran discreción, por una parte; por otra, con gran genero-

sidad y aceptación. Aquí se pueden encuadrar los servicios, en parte conocidos y en parte, quizá mayor, menos conocidos, que prestó a diversos organismos de la Santa Sede y a la Unión de Superiores Generales, su pertenencia a varias Congregaciones de la Curia Romana, así como su participación en todas las Asambleas Generales del Sínodo de los Obispos, celebradas durante su mandato.

### Renuncia al cargo y nueva misión

Desde algunos años antes del momento de su efectiva renuncia al cargo —al menos, desde su aproximación a los 75 años, edad a la que los Obispos suelen presentar su renuncia— era un secreto a voces que el P. Kolvenbach deseaba renunciar, haciendo uso de la facultad que el actual derecho de la Compañía da al Prepósito General. Por causas ajenas a su voluntad, la realización de su deseo se retrasó bastante más de lo que él hubiera querido. Por eso, poco después de la elección del papa Benedicto XVI, obtuvo su beneplácito para iniciar el proceso de su renuncia ante la Congregación General.

En la primera sesión de la Congregación General 35, el 8 de enero de 2008, la presentó formalmente, formulando así las razones que le inducían a ello: «Pienso que la Compañía de Jesús tiene derecho a ser gobernada y animada por un jesuita en plena ca-

pacidad de sus dones espirituales y corporales, y no por un compañero cuyas energías continuarán disminuyendo debido a su edad —pronto tendré 80 años—, y debido a las consecuencias de esa edad, especialmente en el área de la salud. Aunque ni las Constituciones ni las Normas Complementarias lo mencionan, me permito añadir que la elección de un nuevo General dará a la Compañía la gracia divina de la renovación o, para expresarlo con las palabras de San Ignacio, “una nueva devoción”, “nuevas mociones”».

Seis días después, el 14 de enero, aproximadamente a la misma hora en que fue elegido, la Congregación aceptaba su renuncia. Había estado al frente de la Compañía exactamente 24 años y cuatro meses. Obviamente, era el momento, si no de los balances, sí de reconocimientos, agradecimientos y parabienes. Solamente que ni unos ni otros tenían aquí nada de protocolario y ocasional (habría sido absolutamente impensable con el P. Kolvenbach), sino que eran expresión sincera y sentida del gran aprecio y agradecimiento de toda la Compañía, y de más alto, por lo mucho que había recibido de él durante su largo generalato.

Ya en la misma sesión de aceptación de la renuncia se hizo mención oficialmente de la edificación de él recibida por haberla presentado, de la serenidad con que había conducido

la Compañía en fidelidad simultánea a su propio carisma y a la Iglesia, del carisma de unidad que había representado su presencia y su forma de gobierno para una Compañía cada vez más plural y multicultural, de la confianza que había puesto en sus colaboradores de la Curia y en los Provinciales en un clima de fraterni-

---

*un generalato comenzado con  
una cierta sorpresa de  
algunos, o aun de muchos,  
y con los titubeos y cautelas  
propias de todo comienzo  
inesperado, terminaba, casi  
veinticinco años después,  
cubierto de mercedísimos  
reconocimientos y elogios*

---

dad y colaboración, concluyendo con estas palabras: «Estamos orgullosos de Usted y del servicio que ha prestado en estos difíciles pero apasionantes años que el Señor ha querido concedernos».

Al final de la Congregación, sus miembros, en una carta colectiva, sobria pero muy cálida, le expresaban su agradecimiento «por la excepcional contribución que ha hecho a nuestra Compañía durante sus veinticinco años como Superior General», que «han sido para nosotros

una inmensa gracia». Destacaban a continuación su infatigable entrega al deber, su sabiduría, sentido del humor, atención precisa al detalle y su legendaria memoria, su profundo sentir con la Iglesia y su entrega a nuestra vocación de servir sólo al Señor y a la Iglesia su Esposa, bajo el Romano Pontífice, «vocación que promovió entre nosotros, y lo hizo en primer lugar viviéndolo usted personalmente», enumerando los principales aspectos en que todo esto se había mostrado.

Antes de que la Congregación General se expresara así, el mismo Sumo Pontífice, en carta autógrafa del 10 de enero de 2008, le decía: «Querría expresar mi agradecimiento en primer lugar a Usted, querido y venerado Padre Preósito General, que desde 1983 está guiando de modo iluminado, sabio y prudente la Compañía de Jesús, tratando por todos los modos de mantenerla en el cauce del carisma original. Usted, por razones objetivas, ha pedido varias veces ser exonerado de su cargo asumido con gran sentido de responsabilidad en un momento no fácil de la historia de la Orden. Le expreso el más vivo agradecimiento por el servicio prestado a la Compañía y, más en general, a la Iglesia».

Así, pues, un generalato, comenzado con una cierta sorpresa de algunos, o aun de muchos, y con los titubeos y cautelas propias de todo comienzo inesperado, terminaba, casi veinticinco años después, cubierto de merecidísimos reconocimientos y elogios. A lo largo de él, el P. Kolvenbach había sabido guiar la Compañía con absoluta fidelidad al carisma ignaciano en situaciones nuevas y cambiantes, con gran serenidad y prudencia, claridad de propósito, iluminación certera e intensa motivación espiritual y apostólica. Por añadidura, logró restablecer, poniendo en ello el máximo empeño y convicción, unas relaciones fluidas y confiadas con la Cabeza visible de la Iglesia, a cuyo servicio está la Compañía.

Cumplida así esta misión, tres días después de concluirse la Congregación, viajaba, aliviado y contento, al Líbano, con su cartera de mano, inseparable compañera y único equipaje en todos sus viajes y, por excepción, una maleta de tamaño medio, para hacerse cargo, como un jesuita más, de la nueva misión que su Provincial le había confiado en Beirut: encargado del Centro del Árabe Cristiano y de la sección armenia de la Biblioteca Oriental de la Universidad de San José. ■